

## LUX IN TENEBRIS

Agradecemos a *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* la ocasión que nos brinda para insistir en algunos aspectos de la personalidad de don Miguel tan traída y llevada y discutida. Y particularmente en lo que se refiere a su ideología, que si es siempre más interesante, lo es mucho más por moverse, en general, dentro del ámbito religioso. Es indudable —lo afirmó él mismo— que Unamuno arrastró en su vida, un verdadero drama. El, tan rabiosamente sincero, fue incapaz de disimular su verdadero sentir. Hombre de impulsos primarios, espontáneos y violentos, fue víctima de esa claridad sincera y explosiva que le acarreó serios disgustos y tuvo la virtud de presentarnos al desnudo su personalidad, y también su verdadero problema con sus raíces religiosas, hondas y soterradas. Si alguna filosofía pudiera tejerse —y de hecho se ha intentado en torno a su obra y con sus mismos pensamientos—, más que de filosófica pudiera calificarse de teológica en un aspecto natural; ya que, para él, la revelación revestía un carácter meramente mítico.

No hay sino recorrer el breve índice de su obra capital “Del sentimiento trágico de la vida”, que él soñó un tiempo con el título del “Tratado del amor de Dios”, para convencerse de su preocupación, y más que preocupación, obsesión por el tema religioso.

Al tratar Unamuno de centrar su filosofía, lo hace abominando de formas abstractas, de un modo tan ruidoso, que llega a rechazar al Dios aristotélico como un Dios abstracto. Concepción, a todas luces falsa, explicable sólo como fruto de una reacción a favor de formas concretas: “Ni humano, ni humanidad, ni el adjetivo simple; sino el sustantivo concreto: el hombre; pero el hombre que nace, piensa, sufre y muere”<sup>1</sup>. Y concentrando aún más su empeño y atención, añade: “Y sobre todo se muere”. Y aquí está con sus raíces al aire el tema principal, obsesivo, de don Miguel: la muerte con sus misteriosas consecuencias.

En todas las posiciones históricas se ha producido un bandazo de signo contrario que ha llevado a las generaciones a exagerar defectos anteriores, tenidos a veces como axiomáticos. Tal está sucediendo con esa novísima filosofía del existencialismo. Se ha pretendido dar una finalidad pragmática y utilitaria al saber humano, y se ha comenzado por anatematizar en bloque, la metafísica, con sus especulaciones teóricas, sin pa-

---

<sup>1</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*, Ed. Espasa Calpe, 5.ª ed., p. 9.

rarse a pensar en las vertientes prácticas que la filosofía de la antigüedad —una antigüedad que llega hasta ayer mismo— encerraba. ¿Es que la Ética no forma parte del saber filosófico? ¿Es que la Moral se ha reducido, hasta hoy, a una serie de fórmulas y principios abstractos, dirigidos a un ser sin realidad personal, a un “no hombre” por emplear una expresión del mismo don Miguel? ¿Es que la Ética aristotélica no cuenta, en su haber, enseñanzas prácticas, en su parte individual y social, para el hombre de carne y hueso? ¿No es la moral de santo Tomás, por poner un ejemplo dentro de la hoy repudiada escolástica, un tratado práctico vital para el mismo hombre? La historia no es más que un círculo mil veces repasado de acciones y reacciones. No es defecto exclusivo de nuestra época el afán, ciertamente exagerado, de centrar el saber del hombre que alienta, vive y muere, en una finalidad práctica. En su movimiento pendular, el tiempo ha visto caer a la ética en una casuística inoperante, vano intento de remediar los defectos de la ética general de los principios, con excesos más lamentables y más estériles e infecundos, impotentes para crear siquiera una moral elemental y rudimentaria, al tropezar con la diferente, misteriosa y anárquica idiosincrasia de los hombres.

\* \* \*

En los grandes dramas del amor, es el amante apasionado el que grita su odio contra el amado, cuando no se ve por él correspondido. Algo parecido sucede a don Miguel. ¿Qué fue lo que determinó su postura finalmente estabilizada dentro de la heterodoxia? La objeción más socorrida que se le ha opuesto al autor de *Unamuno, el Pensador, el Creyente, el Hombre*, es la de su falta de insistencia en las causas que determinaron su desvío en el camino de la fe. Y no es que hayamos ciertamente soslayado la cuestión. Lo que sucede es que el problema no da materia para muchas páginas. Es el tema de un carácter tan profundamente íntimo, toca tan de lleno, en las honduras impenetrables del alma, que el hombre se encuentra impotente para abordarlo. Si algo nos es dado saber, en esta enigmática cuestión, solo es ello posible por confesión sincera del mismo interesado. En dos ocasiones desnuda particularmente el hombre su alma: en los momentos de desesperación, o en los de su arrepentimiento. Don Miguel conoció, contadas veces, el primero a punto de suicidio. Y sintió igualmente de un modo, breve, claro y preciso, el segundo, en las horas en que redactó su *Diario Intimo*. Es emocionante oírle hablar en aquel “Lux in tenebris” que él conoció, y en el que “envidia al labriego con su fe sencilla”<sup>2</sup>. Y él mismo nos confiesa con humildad ejemplar la causa de la pérdida de su fe. “Perdí la fe... tratando de racionalizar, los misterios, de entenderlos de un modo más racional y sutil. Por eso he

<sup>2</sup> *Diario íntimo*, Manuscrito III, p. 95.

escrito muchas veces que la teología mata al dogma. Y hoy, a medida que más pienso, más claro se me aparecen los dogmas, y su armonía y su hondo sentido<sup>3</sup>. Y en otro lugar, escribiendo sobre las relaciones de la Ciencia y la Fe, y apropiándose las palabras del Señor a la Samaritana, añade: "Así he andado de una doctrina en otra, en mera fornicación, tras el deleite de la misma"<sup>4</sup>.

Y completando el pensamiento: "Así como el deleite carnal es causa de la muerte de muchos, así es causa de la muerte ese deleite espiritual, cuando se nutre de soberbia de espíritu"<sup>5</sup>. Estupenda confesión, que deja al descubierto, —¡y con qué impresión de franqueza y sinceridad!— la causa y raíz de su desvío.

Es curioso, y sobre curioso admirable, recorrer las páginas de ese Diario en que don Miguel nos da la verdadera medida de su talento como pensador. Y es que el desvío de su fe fue lo que dio al traste con la coherencia de su pensamiento, hasta el punto de ser éste el tema que disloca por así decirlo, la marcha de su discurso. Por eso, cuando libre de sombras y prejuicios se lanza iluminado por la luz de la gracia, su pensamiento es diáfano, con una lógica admirable.

Tenemos que confesar que nuestro aprecio por Unamuno como escritor era ciertamente alto. Habíamos leído la mayor parte de sus obras: sus novelas, algunos de sus dramas, sus ensayos, y poemas, y, naturalmente "Del sentimiento trágico de la vida" y "La agonía del Cristianismo". A fuer de sinceros hemos de confesar que su estilo descriptivo y suelto, sus rasgos de humor y de ingenio, su amenidad y sus observaciones agudas y atinadas nos cautivaron. No así su discurrir en los temas filosóficos y religiosos aun tratados de un modo incidental. Su ideología se nos antojaba desorbitada y débil, y hasta su misma cultura fragmentaria y presuntuosa. Por si pudiéramos estar equivocados los ditirambos por parte de los que, en torno a su persona, hacían gala de un cerrado sectarismo, nos confirmaban en nuestras apreciaciones.

En resumen; no prestábamos oídos a los que ponderaban su talento, si por tal no se entendía su garbo y soltura en el estilo, la fuerte personalidad de sus escritos, su poder de observación. Hemos mencionado su obra, citada tantas veces como cumbre de su pensamiento, "Del sentimiento trágico de la vida", que se nos antojaba como un montón informe y desordenado de ideas estridentes a la deriva. Nada digamos de "La agonía del Cristianismo" repetición de sus ideas sobre una falsa inmortalidad.

La lectura de su *Diario* dio al traste con la pobreza de nuestros juicios acerca de su talento. Y es que surgió el hombre verdadero; el que

---

<sup>3</sup> *Diario íntimo*, IV, p. 18.

<sup>4</sup> *Diario íntimo*, IV, p. 69.

<sup>5</sup> *Diario íntimo*, I, p. 16.

se hallaba oculto bajo una espesa capa de pasiones y prejuicios que desfiguraban su propio pensamiento: el que él aspiraba sinceramente a ser. Y es aquí, en su *Diario*, en donde se pone de manifiesto esa doble personalidad en lucha eterna, que, por no estudiarla suficientemente, ha sido tergiversada y difundida hasta convertirle en un tópico y slogan en forma de una dicotomía falsa y absurda: la de la razón en permanente pugna con el sentimiento: la de un Unamuno ateo con la cabeza y creyente fervoroso, lindando en el místico, con el corazón. El mismo don Miguel que ha dado pie a semejante incomprensible dualismo, en el punto concreto de la existencia de Dios, jamás llegó a los extremos de sus admiradores.

Se trata, por el contrario, de esa personalidad doble que, aunque en proporciones diferentes, arrastró Unamuno a lo largo de su vida, a partir de la pérdida de la fe de su infancia, pérdida, confesada por él de un modo claro y explícito, pese a los que se empeñan en demostrar lo contrario: el ser real, el que llevaba soterrado dentro, muy adentro, como una espina inquietante clavada en su alma, y, que en sus horas críticas de definitiva sinceridad, pugnaba por salir. Y el otro, el que se empeñó en ser a los ojos de ese mundo adulador, y a veces perverso, que se complacía en su agnosticismo y alentaba su posición escéptica.

La postura de don Miguel en aquellas horas que le dictaron su *Diario íntimo* tiene acentos de profeta demoleedor de su pasado, y anatematizador de un porvenir que a ratos, vislumbraba con temor y temblor en el corazón.

Mucho tememos —y ojalá nuestros temores no se vieran cumplidos— que ese grito de un converso que Unamuno lanzó desde las páginas de sus modestos cuadernos, en buena hora providencialmente conservados hasta nuestros días, para solaz y ejemplo de cuantos tenemos la suerte de meditarlos, no se utilicen en su verdadero alcance y significación: como punto de arranque de un estudio que proyecte luz sobre su vida toda. Nada puede poner de manifiesto la tristeza de una noche oscura, como un amanecer iluminado por un sol sin nubes y sin sombras.

PEDRO TUIEL, Sch.P.